

en la tumba; pero soy demasiado débil para servirle: ¡expía tu culpa en su servicio! ¡Descubrid al Gral!

AMFORTAS (apartando á los muchachos).—¡No! ¡Dejadle cubierto! ¡Ay! ¡Que nadie, nadie sienta el dolor que yo experimentaría á la vista de lo que á vosotros os entusiasma! ¡Qué es la herida, la crueldad de sus dolores, comparada con la pena, con la pena infernal de estar condenado... á este oficio!? ¡Dolorosa herencia, la que me ha tocado! á mí, único pecador entre todos, obligado á guardar el más sagrado de todos los santuarios y á implorar la bendición para los puros! ¡Oh, castigo, castigo sin igual, que me inflige la cólera de Dios todo misericordioso! Fuerza es que implore su gracia desde lo más profundo de mi corazón y que la merezca por medio de la penitencia expiatoria: la hora se acerca: ya desciende un rayo de luz sobre la obra sagrada; el velo cae; el divino contenido del vaso sagrado empieza á enrojecerse é iluminarse; embriagado del celeste placer producido por el dolor, siento verterse en mi corazón la fuente de la sangre divina: la corriente de la mía pecadora retrocede precipitadamente y refluye con ímpetu al mundo de la expiación de los pecados; de nuevo rompe la presa y brota de esta herida, igual á la inferida, con la misma lanza en el costado del Salvador, de aquel que por el ardor divino de su piedad lloró con lágrimas de sangre los pecados del mundo; y en este sagrado lugar brota la sangre impura, del cuerpo del guardián de los bienes divinos y del bálsamo de la Redención! ¡Piedad, piedad! ¡Dios todo misericordioso, piedad! ¡Despójame de mi herencia, cierra mi herida, haz que muera santamente y renazca en tu gracia! (Cae desmayado).

VOCES DE MUCHACHOS (de la cúpula).—«El loco casto, iluminado por la compasión: espera al que yo he elegido.»

LOS CABALLEROS (en voz baja).—Así se te anunció; espera y no desmayes; ¡hoy oficial!

LA VOZ DE TITUREL.—¡Descubrid el Gral!

(Amfortas se ha vuelto á levantar silenciosamente. Los muchachos descubren la caja dorada, sacan de la misma el «Gral» (copa de cristal antiguo), quitan la envoltura que le cubre y lo colocan delante de Amfortas).

LA VOZ DE TITUREL.—¡La bendición!

(En tanto que Amfortas se inclina hacia el vaso con devoción y rezando en voz baja, luz crepuscular, cada vez más intensa, invade la sala).

MUCHACHOS (desde la cúpula).—¡Tomad mi sangre, por nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo y acordaos de mí!

(Un rayo de luz deslumbradora baja de la cúpula sobre el vaso, y éste se va colorando de púrpura cada vez más vivo. Amfortas, en éxtasis, levanta al «Gral» y lo agita suavemente en todas direcciones. A la entrada del crepúsculo todos están ya arrodillados y dirigen devotamente sus miradas hacia el «Gral»).

LA VOZ DE TITUREL.—¡Oh, placer divino! ¡Cuán brillante se nos presenta hoy el Señor!

(Amfortas vuelve á depositar el «Gral», el cual palidece á medida que se va desvaneciendo el crepúsculo; luego los muchachos encierran otra vez el vaso en la caja y la cubren como antes. Al reaparecer la claridad primitiva, se vuelven á divisar las copas que se hallan sobre las mesas y que ahora están llenas de vino, teniendo cada una un pan á su lado. Todos se sientan para celebrar el banquete y así también Gurnemancio, quien deja un puesto libre junto á sí é invita con un signo á Parsifal á participar de la comida: pero Parsifal permanece á un lado inmóvil y mudo, como extático.—Cantos que alternan durante la comida).

VOCES DE MUCHACHOS (de la parte superior de la cúpula).—El señor del Gral, por la fuerza de su amor y de su piedad, convirtió el vino y el pan de

la última cena en la sangre que derramó y en el cuerpo que ofreció en holocausto.

VOCES DE JÓVENES (de media altura de la cúpula).—El Redentor, á quien ensalzáis, ha convertido por vuestro bien la sangre y el cuerpo de su sacrificio en el vino que bebéis y en el pan que hoy os alimenta.

LOS CABALLEROS (primer coro).—Tomad el pan y fortificad vuestro cuerpo; sed fieles hasta la muerte y esforzados en las penas para realizar las obras del Salvador. (Segundo coro). Tomad el vino y convertidlo en sangre vigorosa; estad unidos como buenos hermanos y luchad con valor.

(Se levantan con solemnidad y se tienden las manos).

TODOS LOS CABALLEROS.—¡Bienaventurados en la fe! ¡Bienaventurados en el amor!

Los JÓVENES (desde media altura de la cúpula).—¡Bienaventurados en el amor!

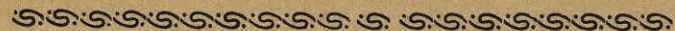
MUCHACHOS (desde la parte más elevada).—¡Bienaventurados en la fe!

(Durante la comida, en la cual no ha tomado parte, Amfortas vuelve poco á poco en sí de su éxtasis: inclina la cabeza y pone la mano en la herida. Los muchachos se le acercan; sus gestos indican que la herida vuelve á manar sangre: cuidan á Amfortas, vuelven á colocarlo en la litera, y mientras todos se preparan para marcharse, se llevan á Amfortas y la caja sagrada con el mismo orden en que han venido. Los caballeros y escuderos se disponen también en orden de marcha y abandonan lentamente la sala, de la que desaparece gradualmente la luz del día. Las campanas tañen de nuevo.—Cuando Amfortas suelta un grito de dolor, Parsifal hace un movimiento repentino con la mano hacia el corazón, y la mantiene un rato sobre el mismo, temblando: luego permanece largo rato como encantado é inmóvil. Cuando los últimos abandonan la sala y las puertas se vuelven á cerrar, Gurnemancio se acerca enojado á Parsifal y le sacude, cogiéndolo por un brazo).

GURNEMANCIO.—¿Qué haces aquí todavía? ¿Sabes lo que has visto? (Parsifal sacude un poco la cabeza). ¡Eres un verdadero loco! (Abre una estrecha puerta lateral). ¡Fuera! ¡Anda por donde viniste! Y acuérdate que Gurnemancio te aconseja dejar en paz en lo sucesivo á los cisnes de este lugar. ¡A cazar á otra parte!

(Da un empujón á Parsifal y cierra la puerta estrepitosamente y con enojo. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón).





ACTO II

Castillo encantado de Klingsor.—Interior de una torre con una abertura en el techo; gradas de piedra conducen al borde de las almenas de la torre; obscuridad en el fondo, al que conduce una prominencia del muro, representada por las tablas. Instrumentos y aparatos de nigromántico. Klingsor sentado á un lado de la prominencia del muro, delante de un espejo de metal.

KLINGSOR.—Ya ha llegado el momento; mi castillo encantado atrae ya al loco que, con infantil alegría, se viene acercando de lejos. La maldición mantiene en sueño letal á esa infeliz, á quien sé librar de su letargo. ¡Ea, pues; á la obra! (Desciende algún tanto hacia el medio y enciende una sustancia que pronto llena una parte del fondo de un humo azulado. Luego vuelve á su sitio primitivo y con ademanes misteriosos grita hacia el precipicio que tiene á sus pies): ¡Arriba! ¡Hacia acá! ¡Ven á mí! Tu dueño te llama, innominada. ¡Archidiablo en figura de mujer, rosa del infierno! Fuiste Herodías y ¿qué más? Allá Grundigya, aquí Kundría: ¡ea, ven, Kundría! ¡Tu dueño te llama!

(Envuelta en la azulada luz aparece la figura de Kundría. Se la oye dar un grito de horror como si despertara de un profundo sueño).

KLINGSOR.—¿Despiertas ó no? ¡Ah! Hoy también has acudido á tiempo á mi llamamiento. (Kundría suelta un grito de dolor muy vivo que se apaga gradualmente, terminando en un ligero gemido). ¿Dónde estabas? ¡Quiá! ¿Allá con esa pandilla de caballeros que te tratan como á una bestia? ¿No prefieres estar conmigo? Cuando me cogiste á su Rey... ¡ja, ja!... el casto guardián del Gral, ¿por qué te fuiste otra vez?

KUNDRÍA (con voz ronca é intermitente, como esforzándose en recobrar el habla).—¡Ah! ¡Ah! ¡Tétrica noche! ¡Delirio! ¡Ah! ¡Furor! ¡Oh, dolor! ¡Sueño, profundo sueño! ¡Muerte!

KLINGSOR.—¿Otro te ha despertado, eh?

KUNDRÍA (como antes).—¡Sí! ¡Mi maldición! ¡Oh, deseo irresistible!

KLINGSOR.—¡Ah, ah! ¿Deseas ver á los castos caballeros?

KUNDRÍA.—Allí, allí serví yo.

KLINGSOR.—¡Ya! ¿Para resarcirles del daño que tan malignamente les causaste? Es inútil: todos ellos son venales si yo les ofrezco el premio que desean; el más tenaz cae en tus brazos y sucumbe á la lanza que yo mismo arranqué de las manos de su rey. Hoy se trata de vencer al más peligroso, que viene protegido por el escudo de la locura.

KUNDRÍA.—¡No lo quiero! ¡No, no!

KLINGSOR.—Has de quererlo, porque lo debes.

KUNDRÍA.—Tú no puedes obligarme á ello.

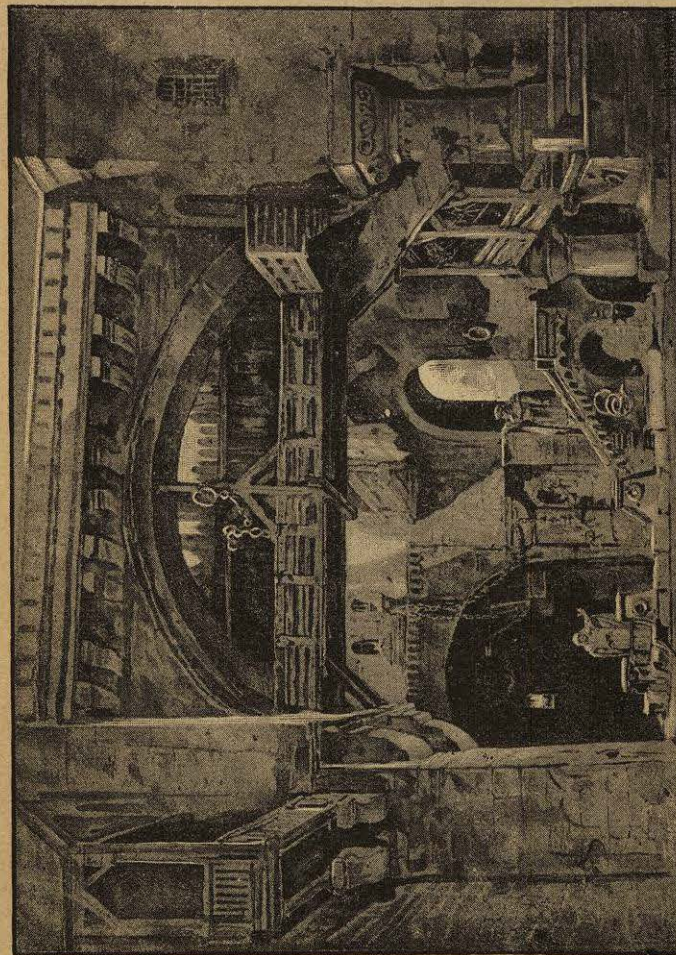
KLINGSOR.—Pero puedo cogerte.

KUNDRÍA.—¿Tú?

KLINGSOR.—Tu señor.

KUNDRÍA.—¿Con qué fuerza?

KLINGSOR.—¡Pues! Porque soy el único contra quien nada puedes.



KUNDRÍA (con una carcajada).—¡Ja, ja! ¿Tú eres casto?

KLINGSOR (furioso).—¿Qué preguntas, mujer maldita? (Cae en profunda meditación). ¡Tormento cruel! ¡Ahora el diablo se ríe de mí, porque en otros tiempos luché por ser santo! ¡Tormento cruel! ¡Oh, dolor insoportable del deseo desenfrenado! El impulso infernal de terribles instintos que yo creía haber acallado para siempre, ¿se ríe ahora y se mofa de mí por tu boca, esposa del diablo? ¡Guárdate de ello! Alguien ha pagado caras sus mofas y su desprecio: en otros tiempos, el orgulloso devoto, fuerte en su santidad, me rechazó lejos de sí: su raza ha caído en mi poder; el guardián del santo padecerá sin remisión; y pronto, así lo espero, yo mismo guardaré al Gral. ¡Ja, ja! ¿Te gustó Amfortas, el héroe que te dí por compañero en tus placeres?

KUNDRÍA.—¡Oh, dolor, dolor! ¡El también débil! ¡Todos débiles! ¡Todos caídos, como yo, ¡Dios mío! ¡oh, sueño eterno, única salvación! ¿Cómo podré yo alcanzarte?

KLINGSOR.—¡Ah! El que te resistiera te libraría: inténtalo con el muchacho que se acerca!

KUNDRÍA.—No. ¡No quiero!

KLINGSOR.—Ya escala la fortaleza.

KUNDRÍA.—¡Ay, desdichada de mí! ¿Para esto me has despertado? ¿Lo debo? ¿Es posible?

KLINGSOR (ha subido sobre el muro de la torre).—¡Qué guapo es el muchacho!

KUNDRÍA.—¡Ay! ¡Desdichada de mí!

KLINGSOR (dirigiéndose hacia afuera; toca un cuerno).—¡Ea, ea! ¡Guardas! ¡Caballeros! ¡Héroes! ¡Sús! ¡El enemigo se acerca! (Afuera crece el bullicio y el rumor de las armas). ¡Cómo se precipitan sobre el muro, los celosos egoístas en defensa de sus hermosas! ¡Así, así! ¡Valor! ¡Ah! No tiene miedo: ya ha desarmado al héroe Ferris; con el arma de éste acomete á toda la cuadrilla.

(Kundría empieza á reir fuerte). ¡Torpes! A ese le ha cortado un brazo, á esotro un muslo. ¡Ah, ah! Ya ceden... Ya huyen: no hay quien se libre sin herida. ¡Cuánto me alegro! ¡Así se estrangulen entre sí todos los caballeros del mundo! ¡Ah, qué altivo me siento sobre la almena! ¡Cómo sonríen las rosas de sus mejillas cuando dirige sus miradas con infantil sorpresa á ese solitario jardín! ¡Ea, Kundría! (Se vuelve. Kundría ha continuado riendo con risa convulsiva, y su risa se convierte finalmente en un estertoroso grito de dolor; su figura desaparece repentinamente; la luz azulada se apaga: oscuridad completa en el fondo). ¿Cómo? ¿Ya ha dado mano á la obra? ¡Ja, ja! Ya conozco el mágico secreto para lograr que te asocies siempre á mi servicio. ¡Tú, muchacho! Diga lo que quiera la profecía respecto á ti, has caído en mi poder, muy joven y muy torpe aún: perdida la castidad ¡ya eres mío!

(Se hunde lentamente con toda la torre; al mismo tiempo se eleva el jardín encantado y ocupa todo el escenario. Vegetación tropical; abundancia de flores lozanas; cierra el fondo la almena del muro del castillo, á cuyos lados se apoya la parte superior del edificio (de estilo árabe suntuoso), sobre la cual se extienden las terrazas.—Sobre el muro está Parsifal mirando con sorpresa hacia abajo, al jardín. Por todas partes y procedentes así del jardín como del palacio, acuden confusamente hermosas muchachas, primero de una en una, y luego en número cada vez mayor, apenas vestidas y con descuido, como si acabaran de levantarse).

LAS MUCHACHAS (saliendo del jardín).—¡Aquí ha sido el bullicio, el ruido de armas, los gritos salvajes!

LAS MUCHACHAS (saliendo del castillo).—¡Ah! ¡Venganza! ¡Sús! ¿Dónde está el criminal?

ALGUNAS.—Mi amante está herido.

OTRAS.—¿Dónde está el mío?

OTRAS.—Al despertar me encontré sola. ¿Adónde habrá huído?

OTRAS.—¿Dentro en la sala? Ay, todos están ensangrentados! ¿Quién es el enemigo? ¡Vedle, allá está! ¿Y la espada de mi Ferros? Yo lo ví; hacía temblar el castillo. Oí la bocina de nuestro dueño. Mi héroe acudió presuroso; todos acudieron, pero todos fueron recibidos con tenaz resistencia. ¡Temerario! Todos huyeron de él. ¡Tú, allá, tú! ¿Por qué nos causaste tantos desastres? ¡Maldito seas!

(Parsifal baja algo más hacia el jardín).

ALGUNAS.—¡Ah! ¡atrevido! ¿Osas resistir? ¿Por qué derrotaste á nuestros amantes?

PARSIFAL (sumamente sorprendido).—¿Cómo no había de batirlos, hermosas niñas, si me impedían llegar hasta vosotras?

OTRAS.—¿A nosotras buscabas? Pues qué... ¿nos conocías?

PARSIFAL.—Nunca había visto mujeres tan divinas: os llamo divinas; ¿os parece bien así?

OTRAS (pasando de la sorpresa á la alegría).—¿No serás nuestro enemigo?

PARSIFAL.—De ninguna manera.

LAS MUCHACHAS.—El daño que nos has causado es mucho y grande; has inutilizado á nuestros compañeros de juego: ¿quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL.—De buena gana jugaría yo.

LAS MUCHACHAS (riendo).—Si nos quieres, no sigas tan alejado de nosotras; ya verás cómo te lo agradecemos si no nos rechazas; no jugamos por interés, jugamos por amor; si procuras consolar-nos, recibirás consuelo de nosotras.

(Algunas han desaparecido entre el follaje y reaparecen vestidas de flores y pareciendo tales ellas mismas).

LAS MUCHACHAS ADORNADAS (separadamente).—¡Dejad al muchacho! Es mío. ¡No! ¡No! ¡Mío! ¡Mío!

LAS OTRAS MUCHACHAS.—¡Ah, las pícaras! Se han adornado ocultamente.

(Estas se alejan y regresan luego vestidas de flores).

LAS MUCHACHAS (dando vueltas, juguetonas é infantiles, alrededor de Parsifal en filas alternadas y acariciándole suavemente las mejillas y la barba).—¡Ven, ven, amor mío! ¡Por tí me adorné de flores! Mis cuitas amorosas serán tu delicia.

PARSIFAL (en medio de ellas, sereno y sonriente).—¡Qué perfume esparcís! ¿Acaso sois flores?

LAS MUCHACHAS (ya aisladamente, ya varias á la vez).—Adorno de este jardín y espíritus odoríferos, nuestro dueño nos recoge en primavera; aquí crecemos en verano al sol y florecemos voluptuosamente por tí. Sénos, pues, propicio y no sea escaso el tributo que pagues á las flores. Si no puedes acariciarnos y amarnos, nos marchitamos y morimos.

PRIMERA MUCHACHA.—¡Recógeme en tu seno!

LA SEGUNDA.—¡Déjame refrescar tu frente!

LA TERCERA.—¡Deja que acaricie tus mejillas!

LA CUARTA.—¡Quiero besarte en la boca!

LA QUINTA.—¡No! ¡Yo! ¡La más hermosa soy yo!

LA SEXTA.—¡No, yo! Mi perfume es más suave.

PARSIFAL (esquivando suavemente su gracioso asedio).—Mezcla graciosa de extrañas flores, si queréis que juegue con vosotras, no me asediéis de este modo.

LAS MUCHACHAS.—¿Por qué nos reprendes?

PARSIFAL.—Porque os disputáis.

LAS MUCHACHAS.—Nos disputamos por tí.

PARSIFAL.—Pues dejadlo.

PRIMERA MUCHACHA (á la segunda).—¡Apártate tú! ¿No ves que me quiere á mí?

LA SEGUNDA MUCHACHA.—¡No, á mí!

LA TERCERA.—¡A mí más que á vosotras!

LA CUARTA.—¡No, á mí!

LA PRIMERA (á Parsifal).—¿Te apartas de mí?

LA SEGUNDA.—¿Huyes de mí?

LA PRIMERA.—¿Eres cobarde con las mujeres?

LA SEGUNDA.—¿No te fías?

VARIAS MUCHACHAS.—¡Qué malo eres, qué desdenoso, qué frío!

OTRAS MUCHACHAS.—¿Cómo permites que las flores cortejen á las mariposas?

ALGUNAS.—¡Vámonos, que está loco!

UNA MUCHACHA.—Le doy por perdido.

OTRAS.—¡Pues sea nuestro!

OTRAS.—¡No, nuestro! ¡No, mío! ¡También mío! ¡Aquí, aquí!

PARSIFAL (apartándolas algo enojado, quiere huir).—¡Dejadme! ¡No me cogeréis!

(De una mata lateral de flores se oye la voz de Kundría).

KUNDRÍA.—¡Parsifal! ¡Detente!

(Las muchachas se asustan y se paran de golpe. Parsifal permanece inmóvil y estupefacto).

PARSIFAL.—¿Parsifal...? Así me llamó una vez mi madre soñando.

LA VOZ DE KUNDRÍA.—¡Quédate aquí, Parsifal! El placer y la felicidad te saludan. Apartaos de él, niñas enamoradas: flores que os marchitáis precozmente; no ha sido destinado este muchacho para jugar con vosotras! Retiraos á vuestra habitación y cuidad de los heridos: más de un héroe os está esperando solitario.

LAS MUCHACHAS (alejándose de Parsifal desalentadas y con resistencia).—¡Dejarte, esquivarte! ¡Oh, qué pena, oh, qué dolor! ¡De todo el mundo quiéramos separarnos para quedarnos solas contigo! ¡Adiós, adiós! ¡Gracioso! ¡Orgullosa! ¡Loco!

(Al pronunciar esta última palabra desaparecen detrás del castillo soltando ligeras carcajadas).

PARSIFAL.—¿No es sueño cuanto acabo de ver? (Se vuelve temblando hacia el lado de donde llegó á sus oídos la voz que le dejó perplejo. Descubierta la ma-

ta de flores, ve una mujer joven de extraordinaria hermosura. Kundría, completamente transformada, aparece sobre un lecho de flores, en traje ligero y caprichoso como de odalisca).

PARSIFAL (todavía desde lejos).—¿Me llamaste á mí, innominada?

KUNDRÍA.—A ti te he llamado, casto loco, «fal parsi», á ti, loco casto: «Parsifal». Cuando tu padre Gamuret estaba muriendo en tierra de árabes, llamó con este nombre á su hijo que aún se hallaba en el seno de su madre. Aquí te esperaba yo á ti para decírtelo: ¿qué te ha traído sino el deseo de saber lo que ignorabas?

PARSIFAL.—No he visto, ni soñado jamás lo que ahora veo con el corazón oprimido. ¿Tú también te has desprendido de esa mata de flores?

KUNDRÍA.—¡No, Parsifal! Mi patria está lejos, muy lejos. He permanecido aquí únicamente para que pudieses encontrarme. Vengo de muy lejos, donde he visto muchas cosas. Ví al niño en el seno de su madre; aún me parece oír sus primeras palabras. Con el corazón embargado por el dolor, Herzeleide sonreía cuando reía el pedazo de sus entrañas, como para consolarla en sus pesares. Acostado en un lecho de mullido musgo, la madre le adormece con sus caricias y con solícitos cuidados vigila su sueño, despertándole por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternas. Todo en ella revelaba el llanto y el dolor interminable por el amor y la muerte de tu padre; para preservarte de igual desventura, creyó deber mantenerte lejos de las armas y de las luchas furiosas de los hombres, ocultándote con sigilo. ¡Qué inquietud, qué temor el suyo! Quería que esto no llegase nunca á tu conocimiento. ¿Ya no te acuerdas del grito plañidero que exhalaba cuando permanecías hasta muy tarde lejos de ella? ¡Ah! ¡Qué alegría, qué satisfacción la suya cuando después de mucho buscarte, daba contigo! Entonces te abrazaba impetuosa-

mente, y tú, ¡estabas inquieto cuando te besaba! Pero no sentiste su pesadumbre, la agitación de sus dolores, cuando por fin no volviste y se borraron tus huellas: te esperó noche y día, hasta que su gemido enmudeció, y destruido el dolor por el sentimiento, imploró una muerte tranquila: el pesar desgarró su corazón y... Herzeleide murió.

PARSIFAL (cada vez más triste, cae dominado por el dolor á los pies de Kundría).—¡Oh, dolor, dolor! ¿Qué he hecho? ¿Dónde estaba yo? ¡Madre! ¡Dulce, cara madre! ¿Tu hijo, tu hijo es la causa de tu muerte? ¡Oh, loco! ¡Insensato! ¿Adónde fuiste, que te olvidaste de ella? ¿Cómo pude olvidarme de ti, mi buena, mi adorada madre?

KUNDRÍA (siempre tendida, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, coge con suavidad su frente y le ciñe amorosa el cuello con su brazo).—Si aún ignoras lo que es el dolor, y si la dulzura del consuelo no embalsamó aún tu corazón: ¡expía ahora el dolor y la necesidad que sientes, con el consuelo que te brinda el amor!

PARSIFAL (entristecido).—¡Madre mía! ¡Y he podido olvidar á mi madre! ¡Ah! ¿Qué no olvidé? ¿De qué me he acordado yo nunca? ¡En mí no vive sino torpe locura! (Se inclina cada vez más).

KUNDRÍA.—La confesión pondrá término á tu culpa y á tu arrepentimiento, y el reconocimiento convertirá tu locura en juicio: procura conocer el amor que se había apoderado de Gamuret cuando el ardor de Herzeleide le invadía abrasándole: el amor que te ha dado el sér y la vida; el amor que esquivan la muerte y la locura, te ofrece hoy la bendición materna como último saludo y el primer beso.

(Inclina completamente su cabeza sobre la de Parsifal y le imprimé con sus labios un largo beso en la boca).

PARSIFAL (se levanta repentinamente con un ademán que revela el mayor espanto: muestra en sus

gestos que se siente mudado; comprime sus manos con fuerza contra su corazón, como para subyugar el dolor que le desgarras; por fin exclama): —¡Amfortas! ¡La herida! ¡La herida arde en mi corazón! ¡Oh, queja! ¡Queja horrible! La siento gritar desde lo más profundo de mi interior. ¡Oh! miserable! Yo vi la herida manar sangre: ¡ahora mana en mí mismo! ¡Aquí, aquí! (Mientras Kundría, llena de espanto y de sorpresa, le mira fijamente, Parsifal, completamente arrebatado, continúa): ¡No, no! No es la herida: ¡derrámese su sangre á torrentes! ¡Aquí! ¡Aquí en el corazón está el incendio! ¡El deseo, el terrible deseo que abrasa y subyuga todos mis sentidos! ¡Oh, tormento del amor! ¡Cómo todo se conmueve, tiembla y se estremece cuando sopla el deseo!... (Sumamente bajo). Su extática mirada está fija en el vaso sagrado: la sangre divina se enrojece: la delicia de la redención penetra con suavidad celestial en todas las almas: sólo de éste mi corazón no quiere desaparecer el tormento. Aquí siento la queja del Redentor; la queja por la profanación del santuario: «¡redímeme, sálvame de manos pecadoras!» Así resonó en mi alma la queja del Señor, con espantosa fuerza. ¿Y yo? ¿El loco, el cobarde? ¡Yo huí en busca de aventuras infantiles! (Cae desesperado de rodillas). ¡Redentor! ¡Salvador mío! ¡Todo misericordioso! ¡Pecador de mí! ¿Cómo expiaré mi culpa?

KUNDRÍA (cuya extrañeza se convierte en admiración apasionada, procura acercarse temblando á Parsifal).—¡Héroe prometido! ¡Huye de la ilusión! ¡Mírame! ¡No desdeñes la Huddin!

PARSIFAL (siempre en la misma postura y mirando fijamente á Kundría, en tanto que ésta se inclina hacia él, haciéndole las caricias indicadas en las palabras siguientes):—Sí! Esta voz! Así le llamaba; también reconozco esa mirada que le sonreía con tanta inquietad. Los labios, sí, así se es-

tremecían por él; así se inclinaba su cabeza; así la levantaba, con esa altivez; así ondeaban sus rizos, así le ceñía el cuello con el brazo, así le acariciaba suavemente las mejillas! Aliada á todos los dolores del tormento, ¡su boca le robó con un beso la salud del alma! ¡Ah! ¡Ese loco! (Al pronunciar esta última palabra se ha levantado lentamente; da un salto y aparta bruscamente á Kundría). ¡Corruptora! ¡Lejos de mí, lejos para siempre!

KUNDRÍA (con mucha pasión).—¡Cruel! Ah! ¡Si tu corazón siente solamente los dolores ajenos, participa ahora también de los míos! Si eres redentor, ¿quién te impide, oh malvado, que me comprendas también á mí en tu obra de salvación? Hace una eternidad que te espero, espero al Salvador, á quien en otros tiempos desprecié con altivez. ¡Ay! ¡Cuando conocí mi culpa, ya era tarde! ¡Ah! ¡Si conocieras la maldición que en el sueño y en la vigilia, en la muerte y en la vida, en las penas y en la risa, templando nuevamente mi alma para nuevos dolores, atormenta implacablemente mi existencia! Yo le ví á El, á El, y me eché á reír... entonces su mirada me alcanzó. Ahora le voy buscando de un mundo á otro con el deseo de encontrarlo: en mi supremo desconsuelo me parece estar cerca de sus ojos y ver ya su mirada descansar sobre mí: entonces la risa maldita vuelve á asomar en mis labios, ¡un pecador cae en mis brazos! Yo río, río, no puedo llorar: sólo puedo gritar, enfurecerme, agitarme, delirar en una noche de pesadilla que siempre se renueva, de la que despierto apenas cuando hago penitencia. Tú, á quien he deseado con ardor en mis agonías; tú, á quien he reconocido, tú, que has sido objeto de risa como un loco; déjame llorar en tu seno, deja que me una á ti, aunque sea por una hora y que me rescate y salve en tí, aun cuando me rechacen Dios y el mundo!